

LO QUE ESTAMOS VIVIENDO EN EL CONTEXTO PRESENTE ES UNA CRISIS DE LA ESCUCHA SOCIAL

Conversación con *Gabriel Giorgi* (IEGE-UBA-CONICET y New York University),¹ *Agustina G. Wetzel* (IIGHI/NEDIM/CONICET) y *Andrea Torrano* (CIECS-CONICET y UNC)

Andrea: Este dossier se centra en la relación entre arte y posthumanismo. En tus trabajos, especialmente desde Formas comunes, pero quizá también en Sueños de exterminio, hasta tus trabajos más recientes, advertimos una preocupación, una insistencia, por los problemas que se señalan en los posthumanismos, por ejemplo la distinción naturaleza/cultura, humano/animal, mente/cuerpo, etc. En ese sentido, nos interesa preguntarte, para hacer un recorrido más general sobre tu trabajo, ¿Cómo han atravesado los debates posthumanos tus investigaciones? ¿Y qué nuevas exploraciones de sentido te han permitido indagar las

¹ Su trabajo académico se enfoca principalmente, en la literatura del Cono Sur y Brasil, biopolítica, teoría queer, y relaciones entre la filosofía y literatura. Ha publicado *Sueños de exterminio, Homosexualidad y representación en la literatura argentina contemporánea* (2004) y *Formas comunes: animalidad, cultura, biopolítica* (2014), que fue traducido al portugués en 2016, *Las vueltas del odio. Gestos, escrituras, políticas* (2020), en colaboración con Ana Kiffer, también publicado en Brasil en el 2019 y *Handbook of Latin American Environmental Aesthetics* (2023) con Jens Andermann y Victoria Saramago, publicado en Alemania. Ha compilado *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida con Fermín Rodríguez*. Asimismo, ha publicado artículos en revistas de España, Brasil, Colombia y Chile, entre otros. Entre los más recientes están "Las sobrevidas de la biopolítica" (2023) *LASA Forum*; "Contra el aturdimiento. Notas de escucha" (2024), *Heterotopías*, vol. 7, n.13, y "La literatura sí la vió", *Revista Anfibia* (<https://www.revistaanfibia.com/la-literatura-si-la-vio/>). Ha dictado seminarios en Brasil, Ecuador y Argentina, además de EEUU.

experiencias culturales, obras artísticas y, especialmente, las literarias sobre las que se apoyan tus reflexiones?

Gabriel: Me parece que hay, no diría un proyecto cohesivo lineal, como si fuese una idea que está siempre clara, sino más bien una especie de insistencia, una insistencia sobre ciertas preguntas que reaparecen, y que creo se juegan en torno a dos dimensiones. Por un lado, las formas en las que la cultura piensa los mecanismos de deshumanización, las formas en las que las sociedades recurren a procedimientos, mecanismos, por los cuales la construcción de lo humano segrega sus "otros", los otros raciales, los otros por la vía de la sexualidad, del género, los otros sociales, etc. Estos mecanismos de *otrorización* operan en los límites mismos entre lo humano y lo no humano. Hay algo en las prácticas culturales, fundamentalmente del siglo XX –desde luego no sólo de ese siglo sino que se podrían rastrear también antes–, pero es sobre todo en ciertos momentos del siglo XX, que la cultura ha pensado y ha disputado cómo en la sociedad se llevan adelante estos mecanismos de deshumanización. Ahí los vocabularios de la biopolítica sirvieron. Me parece que esto arranca en *Sueños de exterminio*, pero se clarifica bastante en *Formas comunes*, como una insistencia que va reapareciendo cada vez con más fuerza, y luego en los trabajos sobre el odio.

Esto es una parte de la pregunta porque, por otro lado, y ahí es donde también las prácticas estéticas tienen mucho para decir, la cuestión también es cómo desde esos mismos mecanismos de segregación, de deshumanización, de construcción de lo menos-que-humano, de lo no-humano, emergen otros modos de relación, otras posibilidades de racionalidades heterogéneas, que el arte mismo también piensa, pero no solamente piensa, sino que lleva adelante. Entonces, me parece que hay una dimensión afirmativa, por el lado de la imaginación, pero también por el lado de la relación misma con la materia, que es lo que el arte trabaja y piensa. Y lo hace, justamente, desde las operaciones de violencia social. Hay una potencia, no solamente crítica, en el sentido de echar luz o de denunciar las formas de deshumanización que recorre la gramática de lo social en la modernidad, sino, al mismo tiempo, sobre la misma base que permite pivotar hacia operaciones más afirmativas,

que nos permiten imaginar formas de vida más vivibles, más habitables.

En *Sueños de exterminio* –que este año cumple 20 años– estaba la cuestión de las sexualidades, de la disidencia sexual, como un problema de ese momento de la democracia, sobre cómo repensamos las democracias en esos contextos de neoliberalización. Pregunta que sigue siendo muy actual, a la que le tenemos que agregar la catástrofe ecológica. Entonces, hay un recorrido que, con sus inflexiones propias, va trabajando las preguntas de lo democrático en el momento en el que, por un lado, es consciente de los mecanismos de deshumanización brutales que la recorren y, al mismo tiempo, necesita ir pensando modos de relacionalidad común en los que justamente me parece que el arte, por su capacidad para trabajar la materialidad de los cuerpos y la materia misma, permite afirmar modos propios, modos específicos.

Agustina: *Esto se relaciona también con la siguiente pregunta, que toca una cuestión que aparece en el libro que escribiste junto a Ana Kiffer, Las Vueltas del Odio. En ese libro haces un recorrido ensayístico por tres instalaciones que hacen especial foco sobre la centralidad del odio como afecto político en las democracias actuales. Y, a partir de estas, pensás en las potencias que contienen esas materialidades estéticas en el contexto de lo que llamás “las luchas por la dicción democrática”. Nos parece importante reparar sobre lo que vos traes en ese libro, que es la capacidad que tienen estas instalaciones de lentificar los lenguajes del odio que, en la discursividad mediática, aparecen con una vorágine estratégicamente rápida. La pregunta que queremos hacerte es ¿Cómo estás pensando las múltiples operatorias del odio en el contexto actual, en el odio en su especificidad en relación a la furia y a la indignación? Esta distinción la trazas en el libro y parece central para pensar el odio en su singularidad.*

Gabriel: *Las vueltas del odio se inscribe en el contexto del macrismo. Y ciertamente gira en torno a tres instalaciones en las cuales estoy intentando pensar Argentina/Brasil, porque son dos instalaciones de Brasil y una de Argentina. Intento pensar en lo que estas instalaciones tienen en común, que es la manera en que escuchan la lengua, la manera en que escuchan lo que está pasando en la lengua en territorios electrónicos; esto es, lo que le hacen a la*

lengua los territorios electrónicos emergentes. Y es ahí donde aparece el tema del odio.

Sobre todo pensando en el caso argentino, que es el de los *Diarios del odio* de Roberto Jacoby y Syd Krochmalny, una instalación realmente muy poderosa que permite ver la historia de las mutaciones de los discursos de odio y de las lenguas de odio en la Argentina. Me parece que es importante porque lo que vemos desde ese momento, durante el macrismo, hasta hoy, es una transformación fundamental: es el momento en que las lenguas del odio dejan de ser ese sustrato crítico respecto a los gobiernos de centro-izquierda, populistas, neo-desarrollistas, nacional-populares (lo que podría ser el ciclo kirchnerista). La mutación es aquella donde ese sustrato crítico se convierte en palabra de gobierno. Entonces, una de las preguntas que nos tenemos que hacer es ¿qué le pasa a la cuestión del odio y a las lenguas del odio –lo que llamamos discursos de odio–, cuando empiezan a ser palabra de gobierno, cuando empiezan a ser palabra de Estado? Ahí tenemos que empezar a pensar en lo que podríamos llamar “las mutaciones del odio”. Una de las mutaciones –que fue el tema más comentado en los primeros meses del gobierno actual–, es la mutación del odio en crueldad. El tema de la crueldad como afecto empezó a reverberar... pienso en Martín Kohan que habló sobre este tema en un reportaje radial, también en un ensayo precioso que publicó Verónica Gago en torno a la crueldad. Me parece que esa mutación es lo que modula la pregunta por el afecto político en los primeros meses del gobierno actual, esa especie de deslizamiento, mutación o reverberación del odio en crueldad. La crueldad lo que trae es el goce, el goce ante el sufrimiento ajeno, que es lo que vemos en esa dimensión *standupera* que tiene el gobierno actual, con Adorni fundamentalmente (y digo Adorni como *la síntesis*, porque sabemos que es algo que va por muchos lados). Entonces ahí me parece que tenemos que pensar una primera mutación.

En este momento estoy muy interesado en dos derivas de esto que, tentativamente, voy a llamar la retórica del sacrificio y la retórica del chiste. Se trata de una especie de continuidad entre el sacrificio y el chiste; tengo la impresión de que esas son las derivas de eso que pensábamos más unificado bajo el signo del odio y que

se empieza a especificar y ramificar. Me interesa lo del sacrificio porque fundamentalmente expresa cómo las retóricas de austeridad escalan hacia lenguajes de violencia en los que no solamente se pide un sacrificio colectivo, sino que se empieza a exhibir de manera espectacular a “los sacrificados” que exige el modelo del capitalismo contemporáneo. Ese modelo ya no promete inclusión universal, sino que exhibe un repertorio de cuerpos sacrificados que van desde los empleados de Telam a los comedores populares ¿no? Lo que vemos es una especie de proliferación. Me interesa mucho eso porque es una forma de validar –en términos de palabra de Estado–, las violencias requeridas por un modelo económico absolutamente exclusionario y donde, además, la retórica de sacrificio habla de la *necesariedad* de estas violencias, triturando cualquier forma de solidaridad. A esto se le agrega una dimensión, igualmente importante en la que creo que tenemos que pensar y que el sacrificio nos permite introducir, que es la dimensión religiosa. El sacrificio es una noción finalmente teológica y estamos en un momento donde surge alguien que dice que su gobierno es el canal de las fuerzas del cielo. Me parece que ahí hay algo, ¿no? La mediación de lo político se tritura para albergar directamente un comando divino, un comando mesiánico. Ahí tenemos una de esas derivas de lo que veíamos como vocabulario del odio que se va a especificando.

La segunda dirección es contigua y es la del chiste, la idea de lo bizarro, la comedia, lo *standupero*, como el tono que, desde el gobierno, se le pone a este cúmulo de violencia donde todo aparece también bajo el signo del chiste, que es una forma de triturar y licuar cualquier forma de compasión, de solidaridad. A lo que el chiste invita es a identificarse con el que hace el chiste, en contra del objeto del chiste. Es una especie de alianza automática. Me parece que hay que pensar un poco en esas operaciones y derivas que se están llevando adelante desde esa especie de laboratorio de ultraderecha que son los discursos del odio y que se oficializan e institucionalizan desde el macrismo hasta llegar a el actual gobierno.

Vos decías la pregunta por la especificidad del odio... Me parece que está bueno como ejercicio crítico ir viendo las especificaciones, ¿no? Eso permite pensar cómo el odio va

derivando en direcciones muy diferentes. Yo quiero volver a reivindicar un poco un argumento que se hacía en *Las vueltas del odio* (a veces me parece que *Las vueltas del odio* se publicó en otra era geológica ¡y no fue hace tanto!). Ahí hay un argumento que me gusta y que es el de la desconfianza a ciertas ideas del sujeto democrático como el sujeto libre de odio, esa idea en la que el sujeto de la democracia es el sujeto que finalmente *superó* esas pasiones y afectos bajos. Me parece que ahí hay que andar con pies de plomo. Creo que se puede hacer una reivindicación afirmativa del odio, sin necesariamente transformarlo en un afecto noble, ¿viste? Ir más allá de los afectos que nos gustan, tomar la cosa sucia, con el barro que viene con el odio. Pienso que eso hay que reivindicar y recordar que Benjamin decía que el odio era un afecto revolucionario. Benjamin reivindicaba al odio como afecto revolucionario, cuando criticaba la social-democracia decía que la socialdemocracia compone su proyecto con la imagen de los nietos liberados y ahí corta el nervio, la fuerza fundamental del proyecto revolucionario, que es la memoria de los abuelos esclavizados. Y la memoria de los abuelos esclavizados viene de la mano del odio, del odio de clase. Por eso, sugiero matizar la discusión del odio. Tenemos una tradición que reivindica el odio como un efecto afirmativo, como un afecto revolucionario, como un afecto que se puede movilizar, lo que implica también ¡no regalarle el odio a la ultraderecha!, sino reivindicar el odio como un efecto de las luchas, con sus complejidades, pero tampoco negarlo. La negación es una operación muy tramposa, hay que hacerse cargo un poco de eso.

Agustina: *Bien. Es muy interesante lo que traes acerca del odio como afecto político y resulta muy iluminador pensarlo a la luz de estas derivas que planteas dentro de la coyuntura actual. Creemos que lo que señalás permite pensar en algunas continuidades entre tus trabajos desde Formas comunes: animalidad, cultura, biopolítica a Las vueltas del odio, tratándose de dos proyectos que hacen especial énfasis sobre la reconfiguración de las subjetividades en el neoliberalismo. Nos preguntamos, a partir de estos trabajos tuyos, cuáles son las derivas actuales de esa demarcación biopolítica entre las vidas a abandonar y las vidas a futurizar, un problema que aparece tempranamente en Formas comunes y luego recuperas en Las vueltas del odio.*

Gabriel: Me parece que hay una inflexión, no quiero decir nueva (porque tiene genealogías muy vastas), pero sí decir que en *Las vueltas del odio* estábamos prestando atención, de maneras más recientes, a este asunto que hace eco con algunas cosas que trabajo en *Formas comunes*, sobre todo porque *Formas comunes* trata de una manera productiva, creo, la pregunta por la biopolítica. Lo que creo que es absolutamente decisivo de las últimas décadas, es la centralidad inescapable de la cuestión del desastre ecológico. Lo que viene con la reflexión en torno al desastre ecológico es la pregunta por lo planetario, por las tramas de lo viviente y las infraestructuras de la vida que, a veces, la reflexión biopolítica tiende a no poder pensar del todo por estar tan centrada en el *bios* –heredado de las ciencias biológicas y de la medicalización–, que fue un poco el discurso que impulsó Foucault y que necesitamos pensarlo de nuevo, radicalmente. Entonces cuando pensamos la distinción entre vidas a proteger y vidas a abandonar, ya no la podemos pensar en términos sociocéntricos. Ya no la podemos pensar en términos de una idea de lo social exclusivamente antropomorfa. Y simplemente no podemos pensarlo en esos términos porque si tenés el incendio a la vuelta de la esquina, si tenés el calor o la inundación como agencias que están determinando de maneras inescapables la vida en común, se hace evidente que esa idea de vidas a proteger y vidas a abandonar tiene que re-configurarse hacia nuevos modos que atiendan a las tramas de lo viviente en las que están en juego esas vidas. Me parece que ahí cambian, de maneras muy radicales, los vocabularios, los materiales, los modos de la atención, los modos con los que pensamos esto. De nuevo, de una manera muy implacable, es el arte lo que está trayendo esas herramientas. El arte es donde se están elaborando herramientas para esas otras formas de la percepción, de la memoria. Yo creo que *Formas comunes* apuntaba en esa dirección, pero claro, un libro llega hasta donde puede llegar. El foco en lo animal era una apertura, pero claramente eso, en el contexto presente, tiene que anudarse necesariamente a una mirada de agencias planetarias que se ponen en juego en los contextos de crisis. Ahí es donde creo que hay que resituar, de maneras muy complejas y estimulantes, la pregunta por las vidas a proteger y las vidas a abandonar. Me parece una discusión interesante para la gente que ha venido pensando desde la biopolítica, es un desafío fascinante para esa tradición que tendrá

que complicar mucho, tensionar y desafiar ese *bios* –tan aparentemente reconocible– que, a medida que lo indagamos, se empieza a deshacer en una multiplicidad de anudamientos y tramas. Ahí me parece que hay un desafío, al mismo tiempo conceptual y político, que está subtendido por las tramas de lo estético. Para poder pensar y actuar a la luz de estos debates, necesitamos de esa reorganización de lo sensible que es lo que nos da el arte.

Andrea: *Muy esclarecedora e inspiradora tu respuesta, para seguir pensando nuevas derivas de la biopolítica. Yendo a tus trabajos más actuales sobre la escucha, que entendemos se trata de una investigación en curso, vos proponés en “notas de escucha”, una forma de “poner el oído”, frente al aturdimiento de esta época, como modo de confrontación a los avances de la ultraderecha y los neofascismos y a la instalación, que podríamos decir casi definitiva, de una subjetividad neoliberal. Pero también una “escucha cosmopolítica”, como modo de anudamiento sensible entre lo humano y lo no humano, que se puede experimentar en esto que hablabas antes, en relación con la catástrofe ecológica. Podrías comentarnos ¿En qué consiste este ejercicio o herramienta que vos encontrás en la escucha? ¿Y cuál es su potencial político y transformador?*

Gabriel: Hay una premisa común en los dos recorridos que estoy trabajando en torno a la escucha, que tiene que ver con la idea de que la escucha es como una especie de parteaguas sensible de este momento. Es el sentido, y un cultivo del sentido, que está reorganizando mucho nuestro *sensorium*. En primer lugar, y voy a la segunda parte de tu pregunta, porque lo que la escucha nos proporciona es la capacidad para situar anudamientos entre lo humano y lo no humano. Justamente porque la escucha está siempre atravesada por agencias sonoras múltiples y diversas, entre las cuales están las agencias sonoras no humanas. Estas agencias conviven o se anudan o entran en fricción o en tensión con la escucha propiamente humana, ahí hay una capacidad de la escucha para albergar modos de relación con lo no humano, que es una herramienta decisiva, justamente para lo que decíamos antes, en el momento en el que las agencias planetarias no humanas empiezan a reclamar de su lugar en los modos en los que discutimos lo común.

En la cuestión de la escucha es donde vemos la presencia absolutamente ineludible de las experiencias sensibles, históricas y políticas amerindias en nuestra configuración de los debates públicos del presente. Es decir, allí donde los reclamos indígenas se hacen presentes en nuestras disputas políticas –y que las tenemos muy brutales en las tramas coloniales del presente–, los reclamos territoriales indígenas se hacen presentes de la mano de la escucha. Y eso es lo que necesitamos aprender en este momento de nuestras estéticas y de nuestras políticas. Porque justamente la memoria de la desposesión indígena en América Latina, y en las Américas y en el mundo en general, pero las Américas en particular, la memoria de la desposesión territorial indígena es una memoria *aural*. Es una memoria de la escucha de los territorios y de lo que en la escucha de los territorios se activa como modo de memoria política. Eso me parece que cambia completamente el juego de nuestra idea de políticas de la memoria, de lucha democrática y de relaciones entre lo estético y lo político.

Steven Feld, el gran teórico de la escucha, justamente un etnomusicólogo, alguien que viene de un campo disciplinario donde se entrena la escucha, habla de *acustemologías* para contraponerla a nuestras *epistemologías*, ahí donde el modo de pensar, el modo de conocimiento y el modo de relación con la verdad, y por lo tanto la relación con el tiempo, viene por la escucha y por los mundos aurales. No por los mundos ideacionales, ni por la centralidad de la mente, que siempre termina en el *logos*, sino por la escucha y por umbral de lo sensible. Hay ahí un desafío radical.

En el momento en el que las agencias planetarias reclaman de manera ineludible su parte en la discusión de lo común, la escucha se vuelve una herramienta sensible absolutamente inescapable. Los archivos y los no archivos –podríamos decir, los *anarchivos*– de las culturas latinoamericanas son inseparables de las memorias amerindias y también afrodiáspóricas, de las poblaciones racializadas que no entraron en los archivos escritos o visuales de la Nación. Eso viene fundamentalmente de la mano de la escucha. Ahí hay un campo de indagaciones sensibles, un laboratorio de lo sensible, que me parece que la cultura contemporánea se está haciendo cargo de esto. En el arte sonoro y en el cine esto ya venía

apareciendo, pero es interesante cómo en las artes mudas, como la literatura y la pintura, la escucha empieza a emerger de una manera particular, como forma de indagación, de tensión de los propios medios. Me parece que pasa algo muy importante en el arte contemporáneo que viene de la mano de la escucha, y que, insisto, es inseparable de la presión que ejercen los agentes no humanos en los modos en los que pensamos lo común. Ahí, entonces, la escucha *cosmopolítica*.

La segunda parte de la respuesta, que tiene que ver con la primera parte de la pregunta, esto es, con el aturdimiento, lo que estamos viendo en el contexto presente es una crisis de lo que podríamos llamar la escucha social. Es decir, la escucha de los otros, del otro racial, del otro social, y que fue central a las luchas democráticas del siglo XX. La idea de testimonio, la idea de la literatura como escucha: Manuel Puig, María Moreno, Rodolfo Walsh los grandes hitos de la literatura política argentina, son inseparables de la escucha, porque justamente ponen en crisis la herencia letrada, porque trajeron a la escritura lo que la escritura excluía. Esa escucha social que es nuestra gran tradición literaria, lo más importante y brillante de un archivo literario como el argentino con estos nombres, que llega hasta Dani Zelko, esa tradición de la escucha social, que insisto es una de las herramientas políticas de la de la literatura del siglo XX, esa escucha social, a mí me parece que entra en una crisis radical en el momento que las plataformas digitales –volvemos a los *Diarios del odio*–, bajo el signo de una libertad de expresión maximizada, producen una cacofonía y una obturación de cualquier forma de conversación pública. (Es interesante, dicho sea de paso, que muchas de las plataformas digitales, tipo Twitter, quieren abrir los espacios de escucha, pasar de la escritura a la escucha, los *spaces* de Twitter, habrá que ver qué pasa con eso...)

Mientras tanto lo que podemos pensar es que en el momento de eclosión de las libertades de expresión a partir de las plataformas digitales, lo que tenemos es una obturación de cualquier forma de conversación pública, obturación que es movilizad战略icamente por las ultraderechas, especialmente cuando llegan al gobierno. Hay estrategias diarias de irritación, provocación

y saturación del espacio de la conversación pública, con un ruido que busca impedir cualquier forma de conversación sostenible en las esferas públicas. En ese contexto, es donde necesitamos re-entrenar la escucha en otras direcciones, porque una de las dimensiones importantes que viene con la escucha es que, como señalaron Jean-Luc Nancy y David Toop, la escucha siempre divide el presente. Porque lo que escuchamos es siempre eco de otro tiempo, la escucha nunca está en presente. Como dice Nancy, en una frase preciosa, un *ataque del tiempo*. Nunca estás en presente en la escucha, siempre vienen ecos, resonancias, cuyo origen nunca está del todo en claro. Esa capacidad para dividir el presente es la apuesta interesante de la escucha, justamente para no quedarnos cautivas de la réplica de Twitter, como simulación en falso del diálogo democrático. Salirse de ahí, entrar en otros tiempos, entrar en otras memorias, eso habilita la escucha. Y también una escucha que incluya la no-escucha como elemento clave, que desconfíe de esa idea de que escuchamos todo y de que la escucha debe albergar todo, hay que re-entrenar la escucha para desconfiar de esa idea de falsa universalidad de la escucha y, en cambio, hacerse cargo de que la escucha es siempre singularidad, es siempre encuentros en singular, y que esos encuentros singulares tienen un tiempo absolutamente propio, que no es el presente perpetuo que nos quieren imponer las plataformas digitales movilizadas desde la ultraderecha.

Un ejemplo nomás: el trabajo de Dani Zelko es fundamentalmente un ejercicio de escucha, reunirse a escribir, a co-escribir un poema con otra persona en la que el artista lo que hace es transcribir, pero no solamente eso, sino que genera un espacio de escucha respetando los ritmos de la escucha, en el que no se graba la conversación, sino que se transcribe a mano justamente para reforzar el pacto de intimidad y de fe recíproca entre esas dos personas o ese grupo de personas que se juntan a co-escribir un poema, donde la herramienta sensible clave es la escucha. Ahí se inaugura una temporalidad que es la de ese poema, sus versiones en libro, sus re-publicaciones, el tipo de circulación que tienen esos libros gratis o muy baratos, en el que se entra en otro tiempo que no es el que se impone desde las plataformas digitales y su falsa performance de libertad de expresión. Si bien es micro, es chiquitito,

es polinizador a ritmos y a escalas absolutamente inconmensurables a los de esas esferas públicas modeladas por las plataformas digitales. Ahí hay un ejemplo de ejercicio de escucha que nos debe interesar en este momento.

Andrea: *En relación a lo anterior, y para cerrar, en otras intervenciones has señalado que en la actualidad la gestión de la vida pública se realiza a través de la captura de la atención, una captura de la atención que busca el agotamiento. Y que la atención es el terreno de batalla del poder. Esto puede observarse en cómo los gobiernos de ultraderecha gestionan las redes sociales. Se podría decir que parte de la gestión biopolítica actual se da a través de las redes sociales y en la producción de subjetividad que suscitan. Recién mencionaste, frente a esto, dar lugar a otras formas de escucha, ¿Cómo hacer posible esa escucha, ese otro tiempo, en un contexto de aturdimiento y presente perpetuo?*

Gabriel: Empiezo por el final, por la cuestión de los tiempos, me interesa mucho el arte contemporáneo, y especialmente el arte muy reciente, no quiero pecar de presentista, pero la impresión que tengo en este momento es que muchas prácticas estéticas recientes le están prestando atención a los tiempos largos de la escucha. Doy dos ejemplos de Brasil, una película preciosa que se llama *Crownã. A Flor do Buriti* (2023), dirigida por João Salaviza y Renée Nader Messor, que está hecha y transcurre en territorios indígenas, y donde se plasma la manifestación indígena en Brasilia contra el bolsonarismo del año 2022. En esa película casi no se ven personas blancas, la única persona blanca que se ve es en un cartel de Bolsonaro cuando están yendo a Brasilia. El mundo visto, hecho y construido, y la vida cotidiana en una comunidad indígena que se está politizando. Ahí, el momento de la memoria de una masacre de décadas previas, se reconstruye a través de la escucha. Es la memoria aural lo que constituye el modo de narrar la historia de esa comunidad, es esa especie de bloque aural lo que te trae la memoria y que permite a esa comunidad politizarse.

El otro ejemplo que también tengo en mente, es una novela que leí hace poquito de un novelista muy exitoso en Brasil, afrobrasileño, Itamar Vieira Junior, la novela se llama *Salvar o fogo* (Todavía, 2023), donde, de nuevo, la memoria de la desposesión

territorial ancestral viene con la escucha y es la escucha lo que produce las imágenes. Es a través de la escucha, de los ecos alucinados en un trance, que trae una memoria que entra por los oídos y produce las imágenes de la desposesión. Y, por lo tanto, la conciencia política. Son dos ejemplos muy recientes, donde el arte contemporáneo está explorando mucho lo que viene de la mano de la escucha, para pensar la politización del presente. En todos los casos tiene que ver con disputas territoriales, con la desposesión territorial y con la pregunta por la tierra, que me parece que es "la pregunta", si pensamos en Argentina, el RÍGI, esa ley abismal que acaban de aprobar. Es la disputa por la tierra, donde entran en juego esos tiempos largos, esos otros tiempos que vienen de la mano de la escucha y que no entraron en los archivos escritos o visuales de la Nación. Y que emergen, pero que vienen de la mano de la oreja, es el arte parando la oreja.

La segunda cuestión, va por la pregunta sobre la atención, que se está pensando mucho, donde la atención es el campo de batalla político del presente, en términos del cautiverio de la atención que viene por los modos en los que la ultraderecha moviliza las plataformas digitales y también la monetización de la atención –las plataformas miden el tiempo en que se detiene la retina en la pantalla, y eso se monetiza. Es como un campo de batalla político, pero que es, antes que nada, también sensible. Esto es algo que tenemos que pensar y trabajar. Ahí me interesa mucho lo que viene, una vez más, de la mano de la escucha. Quienes vienen trabajando en el sujeto de la escucha coinciden en que es un sujeto esencialmente distraído. Es un sujeto que está traccionado por una multiplicidad de estímulos. La premisa de esa caracterización es que podemos cerrar los ojos, pero no los oídos. Y en esta imposibilidad fisiológica, si bien se podría discutir qué es cerrar los ojos o si se cierran los ojos se sigue viendo, pero más allá de eso, en principio hay una diferencia fundamental, se pueden cerrar los ojos pero no se pueden cerrar los oídos. En esta imposibilidad, el sujeto sensible queda expuesto a una multiplicidad de estímulos, contra los cuales tiene que luchar todo el tiempo para poder enfocar, para ver dónde pone su atención. Entonces, el sujeto de la escucha sería un sujeto que necesita todo el tiempo entrenar su atención y, por lo tanto, es

un sujeto que nos viene bien para este momento en el que la atención es el campo de batalla.

Hay algo precioso, que aprendí hace poco: el tipo de escucha humana, si escuchas por los dos oídos, el “estándar del cuerpo humano” (aunque los estudios de discapacidad tienen mucho para decir también sobre esto), ese “estándar” es una escucha que se llama binaural. El sonido llega por los dos oídos, pero claro, necesariamente le llega primero a un oído que a otro. Hay siempre un desarreglo temporal mínimo, un desarreglo temporal entre lo que pesca una oreja y lo que pesca a la otra, entonces todo el tiempo estamos reubicándonos en ese desajuste temporal que viene por la escucha. El sujeto de la escucha está siempre peleando por su atención, desde su manufactura fisiológica misma. Si la escucha nos entrena de esta manera para pelear por nuestra atención, por ahí es un sentido que nos viene bien en el momento en que nuestra atención es el campo de batalla de la política en el presente. Y ahí sí, yo creo que la gran pregunta es la pregunta por el tiempo. Y por los modos en los que, desde nuestras prácticas sensibles, podemos dividir el presente, quebrarlo, fracturar este monopolio del presente que se quiere manufacturar desde las plataformas digitales y su colonización por la ultraderecha. Y decir, acá nosotros tenemos otras herramientas sensibles con las cuales enfrentar estratégicamente este panorama.